

Número 434. (Segunda parte)

No me hubiera perdido un Seminario por nada del mundo – Philippe Sollers

Ganaremos porque no tenemos otra elección – Agnes Aflalo

www.lacanquotidien.fr



Perdida: ¿trío ganador? (In)actualidad ardiente.

La crónica de Nathalie Georges-Lambrichs

El tándem Gilliam Flynn-David Fincher nos ofrece una reflexión sobre el hecho de ser madre, un concentrado explosivo.

Tenemos a Nick, el marido. Es la víspera del aniversario de su boda, cinco años ya. Después de las bodas de papel el turno de las de madera. En el juego de máscaras del encuentro fallido, habían creído que estaban hechos el uno para el otro, y “en consecuencia” se habían casado, prendados y encantados con sus imágenes y sus palabras, tan divinamente recíprocas que parecían tejer de forma completamente natural el nido de amor en el que sus cuerpos no tenían otra cosa que gozar uno del otro.

Pero las huellas de la ausencia de su mujer aparecen ya, y se confirman. ¿Es un juego? ¿Va en serio? Comprenderemos poco a poco que se trata de un juego, muy, demasiado serio para depender únicamente de la Policía que entra en el juego de forma completamente natural, con una inspectora que resultará sin embargo engañada a pesar de que no se deje contar historias fácilmente.

Desde ese momento, con un arte consumado del suspense y de cambios de perspectiva, las verdades se acumulan, se superponen, se combinan, se interpenetran. Se van recomponiendo versiones a medida que se descubren nuevos indicios, reinterpretaciones a las que dan lugar éstos últimos, empujando a cada uno en el sentido de sus emociones, de sus prejuicios, de sus fantasmas. Pronto van a dar origen a un asunto, y éste va a pulverizar las delgadas paredes que separan la vida privada y la escena del mundo, dicho de otro modo: los platós de las emisiones populares sobre las que ciertos personajes evolucionan ya.

Entre ellos, en primera fila, campa la madre de la encantadora esposa: escritora, ha criado a Amy y construido enseguida su exitosa obra sobre una figura que no es otra que la doble de su propia hija. Esta Amy de papel siempre tenía sobre la Amy real una considerable ventaja: dirá la primera sin más comentarios. Una historia de vampiros en suma, o de siamesas, porque tenemos aquí un rostro para dos, infinitamente dócil a su reproducción indefinida. Lo que subraya que del lado del cuerpo viviente no hay más que uno, expuesto a todos los aleas de la verdadera vida. Lo que confirma que el soporte sobre el que

descansa el asunto no es otro que la declinación de los semblantes, sangre negra de la tinta y sangre roja que no se reabsorbe en su totalidad en la leche materna.

En las librerías y los kioscos es el rostro de Amy el que da consistencia a la heroína de la saga materna. Doble de sí misma la joven tiene su Diario, en el que anota sus pensamientos, sus emociones, sus impresiones, y comienza a desvelarnos cosas fuera de escena. Las dificultades de la pareja aumentan y se hacen más complejas, las pruebas faltan, cierto, no hay todavía cadáver, pero todo se apresta a darle un lugar, que no será para el que se pensaba.

A lo largo de su calvario el esposo conquista un saber estéril. Él también tenía una madre. Si su hermana gemela había permanecido aparentemente como única cautiva, él no está menos atrapado como hijo, sacrificando en vano su vida y la de su pareja para intentar salvar a su genitora.

¿Cómo una niña de papel y un chico menos amado que su hermana van a abordar las orillas de la parentalidad? La maternidad se ha convertido en la cuestión central y el desdoblamiento principal de Amy entre la mujer y la madre testimonia del vigor y de la fuentes de la venganza estilo Medea: ¿cómo mejor satisfacerla hoy que haciéndole un niño al hombre de su vida ante los ojos de un pueblo televisivo pasmado?

¿La soledad en tanto que marido acertará a sostenerse sobre la del padre que queda por inventar? Nick Dunne, *dunno* al comienzo, ya no ignora al final nada de la pasta de la que está hecha su mujer. Eso da a su presencia un espesor de silencio muy perceptible.

¿Conseguirá sin perder por ello su vida, transmitir el *nicky* la apuesta personal que implica, dentro de las redes en las cuales su Amy, que maneja la carne como nadie, lo ha troceado con el fin de que sea fiel al menos a su utilidad, su rol y su función, condiciones de su amor muerto por ella?

Dicho de otro modo, ¿la promesa de ser madre preludia un *Gonegirl 2*?

(Traducción de Fe Lacruz)